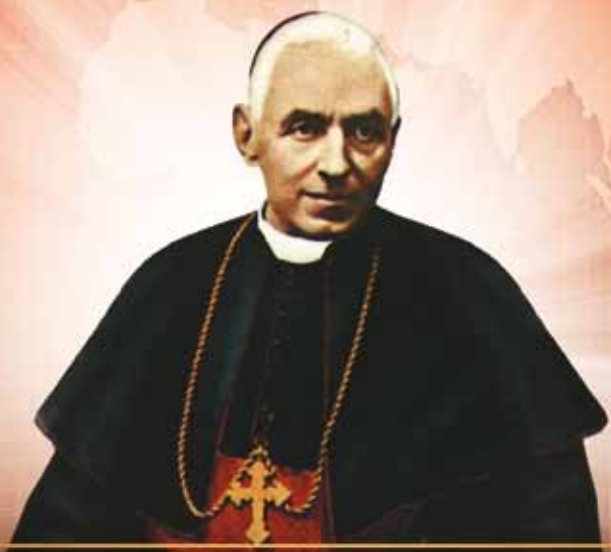




MI PATRIA ES EL MUNDO.

JUAN BAUTISTA
SCALABRINI

JUAN BAUTISTA SCALABRINI

Fundador de la
Congregación de las Hermanas Misioneras de
San Carlos Borromeo - Scalabrinianas (mscs)
y los Padres Misioneros
de San Carlos Scalabrinianos (cs)

Porto Alegre, 1 de junio de 2012.

Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos
Borromeo Scalabrinianas - Provincia Cristo Rey, POA / RS / Brasil



CENTRO DE ESTUDIOS DE INMIGRACIÓN CRISTO REY

Rua Castro Alves, 344 – Bairro Rio Branco
90430-130 - Porto Alegre / RS / Brasil
Teléfono / Fax: 3334-1833 0xx51
cemcrei@cpovo.net www.cemcrei.org.br

Responsable: CEMCREI

Preparación del texto

Rose Marie Mendes da Cunha, lms
Hna. Teresinha Zambiasi, mscs

Colaboradores:

Alvanir Rhoden
Hna. Maria Ana Cauzzi, mscs
Hna. Maria de Lourdes Zambiasi, mscs
Pe. José Mario Zambiasi, cs

Traducción

Hna. Valdérís Dametto

Impresión

Comunicaciones Impresas
Porto Alegre

PRESENTACIÓN

Este texto tiene por objeto dar a conocer la vida de Juan Bautista Scalabrini, fundador de la Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo - Scalabrinianas (mscs) y los Misioneros de San Carlos - Scalabrinianos (cs), también conocidos como Hermanas y Padres Carlistas.

El Bienaventurado Juan Bautista Scalabrini fue un obispo de amor incansable y no sólo para su diócesis. Hombre del pueblo, de mirada atenta, el corazón noble, solidario, lleno de compasión y caridad a la gente de su tiempo; tenía como patria el mundo.

Al ver su gente a abandonar su tierra y emigrar a las Américas, invita y anima sacerdotes, hermanas, hermanos y laicos, para acompañar el paso y el destino de todos los que fueron en busca de un futuro mejor y una vida más digna.

La vida de Juan Bautista Scalabrini fue marcada por una fuerte personalidad, capacidad de liderazgo y acción, espíritu de fe y de oración y celo ardiente en la dedicación a los migrantes.

Este profundo amor y conocimiento de la realidad de la migración nos dejó el camino abierto a la innovación para el mundo de la movilidad humana.

Pueda este dinamismo del ser y del actuar de Scalabrini - fruto del Espíritu de Dios – acompañar a todas las misioneras, misioneros y laicos que se dedican a los migrantes, para que “... tengan vida y la tengan en abundancia “ (Jn 10, 10).



El texto de este librete ha sido preparado de una manera como si fuera Scalabrini a contar su propia historia. Es una forma diferente de presentar la vida y obra de una persona tan especial.

Estimado lector y lectora, el encuentro con Scalabrini le ayude a tener un corazón sensible, acogedor y generoso con los migrantes, y así experimentar la alegría de su compromiso como ciudadano y cristiano hacia los más necesitados.

I MI HISTORIA

1. Nacimiento

Nací en Fino Mornasco, un pequeño pueblo en el norte de Italia. En aquel día 08 de julio de 1839, hubo muchas visitas y mucho de fiesta en la casa de mi familia. Los amigos de mis padres fueron a felicitarles y brindar mi nacimiento. También hubo una fiesta en la iglesia parroquial, ya que fui bautizado el mismo día en que nací. Mi padre, Luis Scalabrini, tenía un bar y almacén en la plaza del pueblo y por lo tanto podía apoyar y mantener a mi madre, mis hermanos y ahora también a mí.



Fino Mornasco, casa de nacimiento de Juan el Bautista Scalabrini

2. Mi familia

En la casa había ocho hijos: cinco hombres y tres mujeres. Gran familia, grandes gastos, la vida estrecha; pero, a pesar de las dificultades, una familia feliz, ya que vivía con el amor y la gracia del Señor. Mis padres, Luis y Colomba, fueron profundamente cristianos, llenos de fe y esperanza en Dios.

Los valores religiosos y sociales han ido creciendo y cada vez se hicieron más fuertes en nuestra familia. Este ambiente ha ayudado a mi fe y mi gusto por las cosas de Dios. Así también mi vocación sacerdotal nació. De mi madre aprendí el amor por la Eucaristía, Jesús Crucificado y la Virgen María.

Yo tenía dos hermanos mayores - Antonio y José, y dos más jóvenes - Pedro y Ángel. Mis tres hermanas - María Magdalena, Josefina e Luisa - como la mayoría de las jóvenes de nuestra tierra, se casaron y tuvieron hijos. Dos de los hijos de María Magdalena se hicieron sacerdotes. De mis hermanos, Antonio se convirtió en un comerciante y José emigró y murió en un naufragio en las costas del Perú.

Comenzó aquí, en mi familia, la dolorosa experiencia de la emigración. Pedro también salió de Italia y se estableció en Argentina. Este le fue muy bien porque él se dedicó a la docencia y la investigación científica, ocupó varios cargos en la enseñanza y recibió la cátedra de ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires.

Ángelo, a su vez, se formó en Filosofía y Letras y trabajó en el Ministerio de Educación, llegando a ser Inspector General de las Escuelas de Italiano en el extranjero. Él también me dio conocimientos sobre la emigración.

3. Yo era un niño

Inicié mis estudios de primaria en la escuela de Fino Mornasco. Para estudiar en la escuela secundaria, mis padres me enviaron a una escuela de Como, a 9 km lejos de casa. Debido a esta distancia, vivía allí durante la semana en la casa de una familia amiga de mis padres y volvía a casa el sábado.

Entonces me reunía con mis amigos, jugábamos y les contaba las cosas interesantes que me habían enseñado y lo que veía allí, en la ciudad. También me gustaba contar historias de la Biblia que había aprendido.

En casa, aprovechaba para contar todo lo que pasó durante la semana en Como. Así fue hasta que terminé la escuela secundaria. Después de esto, cuando tenía 18 años, comuniqué a mi familia y mis profesores que quería ser sacerdote. Todos ellos me han apoyado y aprobado mi elección.

Entré en el seminario, en Como, en 1857. El curso tuvo una duración de seis años y fui ordenado sacerdote con 23 años en 1863.

4. Mis amigos

Desde la infancia tuve grandes amigos y algunos han estado conmigo toda la vida. Uno de ellos fue Luis Guanella, más tarde fundador de la Congregación de los Siervos de la Caridad y que, en el futuro, fue a los Estados Unidos para dar asistencia religiosa a los inmigrantes.

Otro grande amigo era el Padre Serafín Balestra. Él se dedicó a la educación de los sordomudos, inventando un método fónico para comunicarse con ellos. Aprendí este método, lo que me permitió, cuando creé un instituto para sordos y mudos, a trabajar con ellos y su formación.

También el abad y el geólogo Antonio Stoppani era mi amigo. Él tenía ideas modernas, abogó por un catolicismo más abierto que el de la época y, por lo tanto, a menudo tuve que salir en su defensa.



Desde joven Scalabrini se sintió llamado a evangelizar.

Hay otro nombre que acompaña a la historia de mi vida - Jeremías Bonomelli. Lo conocí cuando yo era rector del seminario y él vino para dar orientación espiritual una semana.

5. Mis estudios

En el seminario, primero estudié filosofía y teología. También me encantó el estudio de idiomas y llegué a aprender bien el latín, griego y hebreo. También aprendí francés, alemán y algo de inglés. Más tarde, estudié portugués para hablar con nuestros migrantes.

6. Sacerdote: los hermanos me estaban esperando

Fui ordenado sacerdote el 30 de mayo de 1863. Yo quería ser misionero y predicar el Evangelio en tierras lejanas, pero el obispo no estaba de acuerdo. Él me dijo: “Tus Indias son la Italia” y me envió de nuevo al seminario como vicedecano y profesor de historia y griego.

Allí trabajé durante siete años. En ese tiempo, durante las vacaciones, he ayudado en las parroquias de las montañas de la región, lo que me permitió acompañar tantos movimientos de nuestro pueblo a emigrar a otros países de Europa.

Durante el verano de 1867, una epidemia de cólera se extendió por la región y tuvimos que cuidar de los enfermos hasta que la enfermedad se extinguió. Para mí fue una gracia extraordinaria de Dios ayudar a las personas en una situación tan difícil. Así que me he quedado sorprendido cuando el gobierno italiano me hizo el honor por mi actitud durante la epidemia. Yo no había hecho nada más que muchos otros, sino llevado por mi amor a los necesitados.

Cuando la epidemia terminó, el obispo me nombró rector del seminario, donde me quedé tres años más.



“Una gracia extraordinaria de Dios” fue como Scalabrini ha considerado la obra que había hecho en 1867 a las personas afectadas por la epidemia de cólera que azotó la región de Como.

6.1 Párroco: mi pueblo también me esperaba

En 1870 fui nombrado párroco de la parroquia de San Bartolomé, en Como.

Allí me encontré con muchas cosas que hacer, porque la pobreza era alta en la población: había poco trabajo, desempleo y, en consecuencia, poco dinero. También había una gran necesidad en la vida espiritual, en el campo de la catequesis y en la formación de los sacerdotes.

Para los pequeños (200 niños), fundé una guardería y la he confiado a mi hermana Luisa. He creado un centro de formación para los jóvenes, otro para los sordomudos y promoví la obra de San Vicente de Paulo para los ancianos y enfermos. Para apoyar a los trabajadores, fundé una Sociedad de Socorro Mutuo.

Traté de tomar también el cuidado en la formación de mi pueblo, enseñándoles la Palabra de Dios en todo momento. En 1872 fui invitado a dar conferencias sobre el Concilio Vaticano I (que había terminado en 1870) en la catedral de Como. Estas conferencias fueron publicadas el año siguiente, en italiano, francés y alemán.

En 1876, indicado por el Papa Pío IX, fui nombrado obispo de Piacenza, por Don Bosco y el obispo de Pavía.



30 de mayo 1863: ordenación sacerdotal de Juan Bautista Scalabrini.



La vocación misionera de Scalabrini no fue ahogada por la respuesta del obispo: "Tus Indias son la Italia."

7. Obispo

Mi ordenación como obispo fue en el día 30 de diciembre de 1876. Ese mismo día, envié al pueblo de Piacenza una carta para ser leída en todas las iglesias de la diócesis. En esa carta expresaba mi modo de ver la responsabilidad que había abrazado:

“Enviado en primero lugar a los pobres y desgraciados que llevan la vida en el dolor y en la desolación, sufrir con ellos, tratando ayudar y evangelizar de modo particular a los pobres que, ricos en la fe, fueron escogidos por el Señor como herederos primeros del reino prometido por Dios a los que le aman.

No he de rechazar ninguna fatiga, con el fin de llegar a ser padre de los abandonados, maestro de los sencillos, guía para los sacerdotes y pastor de todos, de modo que, ¡haciéndome todo para todos, lograr de ganarlos a todos para Cristo!”

De hecho, tenía esta visión de la misión que me había investido. Temía no conseguir hacerlo. Cuando me informaron que yo era uno de los elegidos por el Papa al episcopado, me quedé preocupado - temía enfrentar las dificultades que se presentan a un obispo en el ejercicio de su misión en una época tumultuosa, y temía por mi inexperiencia de gobierno y poca edad.

Pero el Papa deseaba exactamente sacerdotes jóvenes, con experiencia pastoral y “lealtad romana”, es decir, la fidelidad al Papa, a Roma, tanto en los asuntos de la Iglesia como en temas sociales y políticos de la época. Por lo tanto, he aceptado la voluntad de Dios y la autoridad del Papa. Salí de mi pueblo y me fui a conocer el pueblo de Piacenza, donde yo me comprometía servir hasta el día de mi muerte.



Primeros años de episcopado de Juan Bautista Scalabrini.

7.1 La diócesis

Piacenza era una diócesis grande, formada por montañas y llanuras. Tenía unos 250.000 habitantes, agrupados en 366 parroquias. Había considerable número de sacerdotes, más de dos por parroquia y mucho por hacer sobre la vida religiosa. Tanto el pueblo cuanto los sacerdotes tenían una gran necesidad de mejorar el conocimiento de la doctrina, fortalecer la fe de los creyentes y promover relaciones más estrechas entre los sacerdotes y el pueblo.

En muchas parroquias, la gente no conocía el obispo y, en algunas, mucho tiempo que no habían visto a un obispo. Así que me decidí a visitar todas las parroquias de la diócesis, sea de las ciudades como del más lejano pueblo.



Scalabrini tenía que estar cerca de la gente a escuchar a ellos.

7.2 Visitas pastorales

Creía que, para llevar a cabo mi misión, necesitaba conocer a mi pueblo, sus condiciones de vida, necesidades y deseos. Era necesario estar cerca de la gente y escucharlos. Así que empecé a visitar todas las parroquias de la diócesis.

En mis 30 años como obispo, visité cinco veces cada lugar de Piacenza, en las llamadas visitas pastorales, con una duración de cuatro años o más. Así he seguido el ejemplo de san Carlos Borromeo que tomé como protector y modelo.

Comencé la primera visita el mismo año de mi llegada en diciembre de 1876 y terminé cuatro años más tarde. He visitado todos los rincones de la diócesis: las parroquias de la ciudad y las llanuras en el invierno, y las parroquias de las montañas en el verano. Todo el mundo me recibió con alegría y festejos.





Scalabrini ante la Virgen, buscando fuerzas.

“Buscaba mi fuerza cada día en el ejemplo de Nuestro Señor, en el misterio de la Cruz y de la Eucaristía y en la figura de la Virgen. Busqué en su ejemplo la fuerza para cumplir mi misión”.

Estas visitas me dieron una inmensa alegría, porque podía ver y sentir el entusiasmo de la gente, oír confesiones, visitar a los enfermos, celebrar con los fieles, estar entre ellos y consagrar las iglesias. Conocer las necesidades, las preferencias, las actividades de mi pueblo fue de gran utilidad para mí. A partir de este conocimiento surgieron algunas de las iniciativas más importantes que tomé como obispo.

He visto también poco a poco renacer la vida cristiana en Piacenza: la gente estaba cultivando su fe, la catequesis floreciendo, y notaba un gran progreso espiritual en mis sacerdotes. Desde mi experiencia en el seminario y como sacerdote de la parroquia, veía las necesidades de las personas y las tareas a realizar, y como obispo sentía aún más el reto de la responsabilidad.



Scalabrini en una visita pastoral. Visita, escucha, atiende, ayuda a la gente de su diócesis.

Encontré en el pueblo de Piacenza necesidades semejantes a las del pueblo de Como y de la gente en toda Italia: la pobreza, la ignorancia religiosa, la falta de instrucción, de atendimento a los más necesitados y falta de trabajo. Ante todo este contexto, arremangué las mangas e inicié la misión como pastor de aquel pueblo que el Señor me había confiado.

7.3 Catequesis

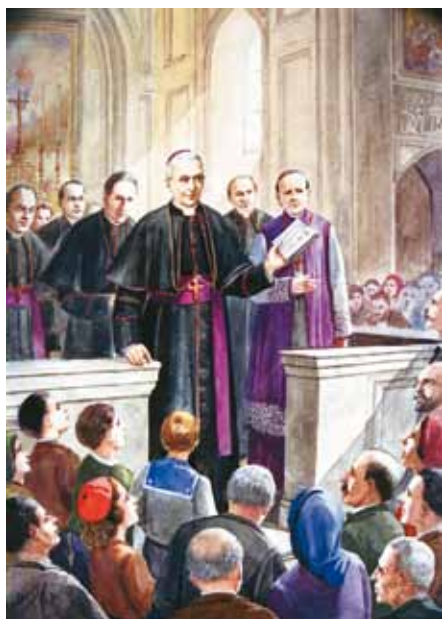
En primer lugar, me ocupé de la formación de los sacerdotes y también la instrucción religiosa de los laicos a partir de la catequesis.

Para los seminaristas he actualizado la enseñanza de la filosofía y la teología, les introduje el estudio de las humanidades, los ejercicios espirituales y reuniones periódicas. He restaurado los sínodos diocesanos que no se estaban realizando por 156 años. Con estas medidas hemos logrado una gran renovación en la vida cristiana de la diócesis.

Para los laicos he organizado un programa completo de educación religiosa con cuatro niveles: catecismo de la iniciación, escuela para la primera comunión, escuela de la perseverancia y el catecismo de los adultos. Publiqué en 1876 una revista de catequesis - El Catequista Católico, y luego en 1877 un manual - el Catecismo Católico.

El resultado de este trabajo, un año y medio después de mi llegada, se hizo notar en un aumento considerable en el número de los catequistas, de grupos de catequesis, y la realización del Congreso Nacional de Catequesis.

El Papa Pío IX elogió el trabajo y él me regaló una cruz pectoral.



Al servicio de la Palabra de Dios.

7.4 Al servicio de la Palabra

Como maestro, sacerdote y obispo, siempre consideré mi deber predicar la Palabra de Dios en la liturgia - no era un hábito frecuente en esa época. También en la catequesis, trataba de hacerme presente siempre que fuera posible en reuniones con los niños y jóvenes.

Creía que la Palabra de Dios debe ser proclamada y por lo tanto utilizaba todos los medios a mi alcance. He publicado varios artículos sobre los problemas de la época y escribí muchas cartas pastorales. Fundé un periódico en la diócesis “El Amigo del Pueblo”, que en un primer momento circuló semanalmente y luego se ha convertido en diario.

7.5 Siervo de todos

La gente a menudo pasaba por muchas necesidades: inviernos rigurosos, la sequía que destruyó cultivos, las enfermedades y la falta de trabajo. En esas ocasiones, era necesario que todos se unieran para providenciar alimentos, combustible y ropa para las familias empobrecidas. Organicé en la diócesis comisiones que se hicieron cargo de la ayuda necesaria. Eran tan eficientes que llegaban a alimentar diariamente a tres mil personas.



Scalabrini distribuyendo alimentos y ropa a los necesitados.

¡La caridad es ante todo! Como se ha inscrito en mi báculo, **“la caridad tiene poder”**, y de ese pensamiento hice la norma de mi gobierno.

Incluso con la ayuda de la gente, todavía faltaba dinero para ayudar a tanta gente. Un día, tuve que vender los caballos de mi carruaje.

Entonces me preguntaban cómo iba a caminar sin el carruaje. Tuve que recordarles: “a la casa de los pobres, el obispo debe andar a pie como Jesús anduvo en Galilea y Judea.”

Más tarde, llegó la vez del cáliz de oro que el Papa Pío IX me había dado de regalo el año anterior. Era la cosa más valiosa que poseía. Hubo gente que se sorprendió con mi actitud de vender un presente recibido del Papa, pero yo me dije: “Si el pueblo sufre hambre, Cristo ciertamente prefiere una taza de metal a una taza de oro”.

7.6 El hombre de la reconciliación



Junto a su amigo, Jeremías Bonomelli, el obispo Scalabrini promovió el diálogo de la Iglesia con el mundo.

La Italia de mi tiempo no era como la Italia que conocemos en la actualidad; era un montón de pequeños territorios, cada uno compitiendo por el poder sobre los demás. La iglesia misma tenía un gran territorio en el centro de Italia actual: los Estados Pontificios.

La lucha por la unificación del país se prolongó hasta 1870, cuando la nación se reunió bajo el mando del rey Víctor Manuel, y cuando los Estados Pontificios fueron conquistados. En ese año me nombraron párroco.

Esta situación también afectó a la iglesia y los sacerdotes. Los papas de ese período - Pío IX, León XIII y Pío X - luchaban contra las nuevas ideas del liberalismo. Los católicos se dividieron en dos grupos: los que aceptaban nuevas ideas (los liberales) y los que combatían las nuevas ideas (los conservadores).

Yo defendía el diálogo y el entendimiento, que serían más beneficiosos para la Iglesia. A la vez, sin embargo, tenía que obedecer al Papa y callarme.

¿Cómo conciliar mis ideas con la posición de la Iglesia?

Creía que había muchas cosas que hacer, siguiendo los principios del Evangelio y reuniendo las fuerzas de la Iglesia y la sociedad.

En mi experiencia, he buscado y encontrado una realidad que desde muy temprana edad conocía: la migración, los migrantes.

Y así, a partir de 1886, comencé a trabajar para los MIGRANTES.

II EL APÓSTOL DE LOS MIGRANTES

En esta época de luchas políticas, el pueblo era el mayor de las víctimas, porque la vida económica desorganizada trajo el hambre, la escasez de alimentos, de trabajo y de tierra. La producción agrícola era baja, la industria naciente y pesados los impuestos. Para muchos no había otra alternativa. La salida era robar o emigrar.

1. Cómo empezó todo

Como saben, desde la infancia me sentí entre la gente. Cuando llegué a ser sacerdote, siempre estuve en el lado de los pobres y enfermos. Cuando obispo seguí a su lado. En 1882 escribí en mi carta pastoral: “Hay que participar en la vida pública, haciendo uso de todos los medios legales para el triunfo de la verdad y la justicia”.

Era mi convicción que la Iglesia debía abrirse a su entorno social. Por lo tanto, decía: “Tenemos que salir del templo si queremos ejercer una acción saludable en el interior del templo”.

Conocí muy de cerca el problema de la migración durante mi infancia en mi familia, porque tres de mis hermanos habían emigrado. Sabía de los problemas y sufrimientos que habían pasado. Uno de ellos, Joseph, murió en un naufragio en las costas de Perú, país de América del Sur.

Cuando obispo, he visto en las parroquias el mismo fenómeno. La estación de Milán estaba siempre llena de gente que se iba a las Américas en busca de una nueva oportunidad.

2. La estación de Milán

Fue en la estación de Milán que Dios tocó mi corazón cuando vi a una multitud de pobres, desnutridos y mal vestidos, esperando el tren hacia el exterior. Una ola de sentimiento me invadió el corazón.

“[...] He visto el salón, la plaza cercana y pórticos laterales tomados por tres o cuatro centenares de gente mal vestida, divididos en varios grupos [...]. Eran ancianos encorvados por la edad y la fatiga, hombres en la flor de la edad, señoras que arrastraban a los niños detrás de sí, o llevados en sus brazos; [...] todos unidos en un mismo pensamiento y guiados hacia una misma meta [...].

Eran inmigrantes. Pertenecían a las distintas provincias de la Alta Italia y, con temor, esperaban el tren que les llevaría a las costas del Mediterráneo, donde se embarcaban para la lejana América.”

“¡Quién sabe cuántas desgracias y privaciones los inmigrantes tuvieron que soportar para que les pareciera liviano un paso tan doloroso!

¿Cuántos de ellos en la lucha por la vida, saldrían victoriosos? ¿Cuántos perderían la fe de sus padres?

Frente a este deplorable estado de cosas, siento en el rostro el rubor de la vergüenza, me siento humillado en mi condición de sacerdote y de italiano, y me pregunto: ¿qué hacer para ayudarlos?”



La estación de tren de Milán, en el tiempo del Beato Juan Bautista Scalabrini.

3. Fui a hablar con la sociedad

Para ayudar a ellos, me fui a buscar socios dentro y fuera de la Iglesia. Era necesario dar a conocer las causas de la emigración y conseguir que el gobierno reglamentara los viajes de los emigrantes al exterior, para prote-

gerlos de la explotación de los llamados “agentes de migración”; se hacía necesario darles apoyo en la tierra adonde se iban y no dejarles a su suerte en un país extranjero, sin conocer el idioma y las costumbres, en manos de aprovechadores.

Como la emigración era un fenómeno reciente, el gobierno tampoco la Iglesia sabían qué hacer, las mismas personas que se interesaban no sabían nada del asunto.

Me puse a viajar por Italia, dando conferencias sobre la migración. He escrito varios textos sobre el tema. Y en cada ciudad, he organizado comités locales de laicos para prestar apoyo a los migrantes.

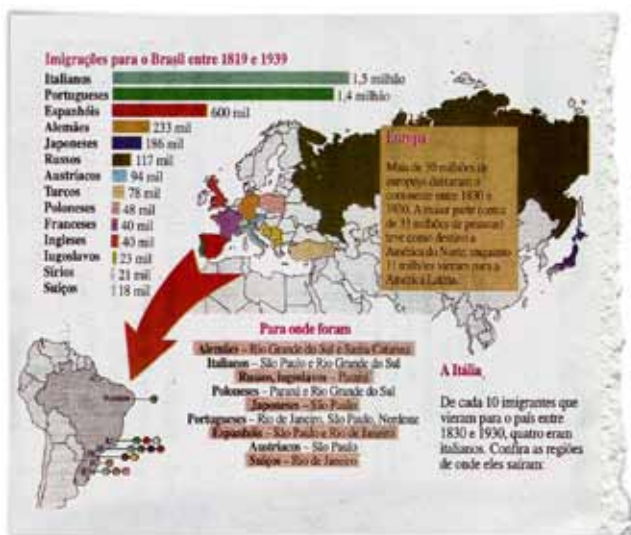
4. La magnitud del fenómeno

El fenómeno migratorio fue creciendo hasta convertirse en uno de los dramas más graves de Italia. Un creciente número de italianos, de todas las regiones de Italia, se vio en la necesidad de salir del país.

Durante los 30 años de mi episcopado - 1876 a 1905 - casi ocho millones de italianos emigraron: 3.800.000 a Europa, 1.771.000 a los Estados Unidos, 1.080.000 a la Argentina y 1.014.000 a Brasil.

Estos millones de personas fueron reclutados por agentes sin escrúpulos que los explotaban y al llegar en su destino los abandonaban.

Este drama de los migrantes yo lo veía como un “signo de los tiempos”, por el cual Dios invitaba todos los hombres de buena voluntad de la comunidad eclesial a no abandonar a los migrantes a su propia suerte, sino ayudarles a convertirse en portadores de fe en el mundo.



Biblioteca del CEMCREI

EN AMERICA

Tierra en Brasil para los italianos

“Venite a costruire i vostri sogni con la famiglia”, es decir, “Venga a construir sus sueños con su familia.

“Es un país de oportunidades.

Clima tropical, la vida abundante. Riqueza mineral. En Brasil, podrás tener tu casa. El gobierno va a dar tierras y herramientas para todos.”



Una embarcación llena de emigrantes italianos en espera de viaje a América.



Emigrantes en espera de embarque en el puerto de Génova.



La imagen del gran éxodo.



Desembarco de inmigrantes en el puerto de Santos (SP), 1907.

5. Trabajé con la Iglesia

Ante esta situación, la Iglesia necesitaba organizar su acción entre estas personas que salieron de su patria en busca de una nueva vida. Se hacía necesaria una pastoral específica para todos los inmigrantes de cualquier nacionalidad en cualquier país que los acogían. Era preciso que la Iglesia, del mismo modo que se dedicó a la obra misionera entre los pueblos no cristianos, trabajara para preservar la fe de los cristianos que emigraban.



Juan Bautista Scalabrini con la gente.

Entonces empecé por mí, por Piacenza, y asumí el Servicio Pastoral de los Migrantes. Junto a la Santa Sede, seguí defendiendo que la iglesia creara medidas prácticas de asistencia a los migrantes, como la creación de una comisión para la pastoral específica para ellos.

He defendido una política de inmigración real y luché por proyectos de ley para traer la solución al problema de la migración.

En 1901, tuve la suerte de ver aprobadas por el Parlamento, muchas de las propuestas que defendía.

Una obra como la que yo me estaba proponiendo requería muchas manos, muchas mentes y, sobre todo, los corazones de muchos. Así que fundé una congregación de sacerdotes misioneros, un movimiento de laicos y una congregación de hermanas misioneras.

Estas instituciones tendrían como marca de su trabajo la acogida y la atención a los emigrantes, la convivencia cotidiana con las familias para ayudarles a superar las adversidades y reconstruir sus vidas.

6. Los Misioneros de San Carlos

La Congregación de los Padres Misioneros de San Carlos nació en 1887 y los primeros miembros fueron Domingo Mantese y José Molinari. La celebración fue en Piacenza, en la iglesia San Antonino, y la casa parroquial fue la primera sede de la Congregación.

Entonces, muchos otros misioneros y sacerdotes abrazaron mi causa y la hicieron suya. En 1888, el primer grupo salió de la iglesia de San Antonino: siete religiosos



28 de noviembre 1887: fundación de la
Congregación de los Misioneros de San Carlos.

para el Brasil y tres para Nueva York. En los años siguientes, como la congregación se hizo conocida, los candidatos a la misión continuaron en aumento.

En 1892 la Casa Madre de la congregación se mudó a una nueva casa, más grande, para acoger a todos sus miembros y, en el mismo año, recibió como patrono el Santo de Milano - San Carlos Borromeo. En ese momento, escribí a mis misioneros:

*“A partir de este momento, os honra-
reis con el nombre de Misioneros de San
Carlos. Él era uno de esos hombres de ac-
ción, que no dudan, no se dividen, no se
retiran nunca, que en todo lo que hacen,
ponen toda la fuerza de su convicción,
[...] todo lo que son, y ganan”.*

Yo estaba convencido de que era ne-
cesaria una consagración religiosa defi-

nitiva. Con la aprobación del Santo Padre, al 8 de diciembre de 1894, fiesta de la Virgen Inmaculada, por primera vez recibí los votos perpetuos de los misioneros.

7. La Sociedad de San Rafael

En 1889 creé un movimiento de laicos al servicio de los migrantes: la Sociedad San Rafael, nombre del ángel que acompañó al joven Tobías en su viaje. Establecí comités en varias ciudades, especialmente en las ciudades costeras de Italia y en el extranjero. Los más activos fueron los de Génova, Nueva York y Boston.

La Sociedad San Rafael promovió la asistencia religiosa y la atención de la salud de los migrantes durante el viaje, abrió escuelas para sus hijos, les aseguró la protección jurídica y les ayudó a superar las dificultades para acomodarse en una tierra extraña.

Para animarlos, les dije: “Laicos, también vosotros debéis ser apóstoles”.

Debéis ser apóstoles también vosotros, hermanos, es decir, hombres de acción y sacrificio, celosos de la honra de Dios y la Iglesia para la salvación de las almas.

Podéis, en la condición de laicos, ejercer en el pequeño mundo que les rodea, el ministerio de la Palabra, utilizando un lenguaje que eleva, en la conversación, en las instrucciones, en la corrección. ¡El apostolado del ejemplo, profesando abiertamente,

sin respeto humano, vuestra fe. ¡El *apostolado de la caridad*, ayudando a los pobres, visitando a los enfermos, consolando a los afligidos, haciendo el bien a todos, y el *apostolado de la civilización*, cooperando en la destrucción del pecado, lo que hace infeliz a la gente y el incremento de la justicia que hace prosperar a las naciones! [...] (Scalabrini una voz actual - p.191).

8. Las Misioneras de San Carlos

Para una atención más completa a los emigrantes, cuyas necesidades de descortinaban más urgentes, me di cuenta que no era suficiente una congregación masculina y una sociedad laica. La presencia de las hermanas era necesaria a las familias



25 de octubre 1895: fecha de fundación de la Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo - Scalabrinianas.

de los migrantes. Tuve problemas para iniciar otra congregación, pero yo tuve ayuda inesperada del Padre José Marchetti, un joven misionero que en 1894 hizo dos viajes a Brasil, acompañando los emigrantes italianos como capellán. Después del segundo viaje, el Padre José Marchetti decidió quedarse en Sao Paulo, donde comenzó de inmediato a construir un edificio – un orfanato – para acoger a los huérfanos y niños abandonados. Para ello, necesitaba de hermanas para cuidar de huérfanos y educarlos.

Padre José Marchetti se volvió a Piacenza en busca de estas religiosas. Fue a su ciudad natal, donde consiguió convencer a su madre Carolina, su hermana Assunta y más dos jóvenes, Angela Larini y María Franceschini para que lo acompañaran a Brasil. Así, el 25 de octubre de 1895, en la capilla del obispado de Piacenza, en una ceremonia solemne, todas cuatro hicieron los votos religiosos y recibieron de mis manos la cruz misional, símbolo de su misión, y partieron hacia Brasil.

Yo les dije en ese momento: *“Vayan con confianza, hijas, yo os enviaré después otras hermanas y vosotras regresareis para la formación y consolidación de ustedes en el espíritu religioso.*

La acción de los sacerdotes no sería completa sin la vuestra. Hay cosas que sólo vosotras podéis conseguir, queridas hermanas.

Dios infundió en el corazón de cada mujer una particular atracción que ejerce un misterioso poder sobre las mentes y corazones.

Confío, por tanto, que han de corresponder a la gracia de Dios que llama a cada una de vosotras a una tierra distante para una misión sublime”.



9. La protección y la bendición

Para vigilar y proteger mis misioneros y misioneras elegí San Carlos Borromeo como patrono y protector, por ser un santo que vivió una profunda humildad. Así, entregué el lema Humilitas para todos los misioneros y misioneras de San Carlos Borromeo, asumiendo el compromiso de construir el Reino de Dios entre los migrantes, sobre todo los más pobres y necesitados.

III SE HA PROPAGADO EL TRABAJO

A lo largo de este tiempo, después de 20 años desde que empecé a cuidar de los migrantes, los misioneros, misioneras y laicos se multiplicaron, y sus obras han llegado a millones de migrantes en las nuevas tierras a donde fueron.

En los lugares donde se asentaron, los inmigrantes volvieron a su vida, su trabajo, se mantuvieron fieles a su cultura y su fe; construyeron asentamientos, pueblos, ciudades; fueron un factor de riqueza a los países que los han recibido.

Todo esto ocurrió gracias al acompañamiento que tuvieron de los misioneros que emigraron con ellos y que trabajaron, rezaron y edificaron con ellos. Adonde fueron los emigrantes, allí estaban mis misioneros y misioneras. Con la intervención de la Santa Sede y con la gracia de Dios, las dos congregaciones fueron poco a poco superando sus dificultades y se fortaleciendo en el entusiasmo por la vida misionera. Se han multiplicado las vocaciones, las dos

congregaciones florecieron expandiéndose más allá de los países de origen - Estados Unidos, Italia y Brasil.

1. Viaje a los Estados Unidos

Inmigrantes y misioneros de las comunidades italianas en América del Norte y Brasil, y también los obispos, en repetidas ocasiones me invitaron a visitarlos. Así, en 1901, poco después de celebrar mis 25 años como obispo, decidí hacerme migrante con los migrantes, misionero con los misioneros, y partí hacia Estados Unidos.

Embarqué en el puerto de Nápoles, después de recibir la bendición y la aprobación del Papa León XIII. Estaban conmigo 1.200 emigrantes. El viaje duró 15 días. En ese tiempo conviví con toda esta gente, celebré la Eucaristía todos los días, enseñé catequesis en la escuela dominical y ministré la primera comunión y confirmación a muchos jóvenes.

Desembarqué en Nueva York el 3 de agosto, donde la comunidad italiana me esperaba con ansiedad. He visitado las dos iglesias de la ciudad confiadas a sacerdotes italianos y, entre muchas actividades, orienté un retiro para los misioneros.

Hablando a los migrantes, les dije: “Os aseguro, hijos queridos, que el corazón de un padre siempre tendrán! [...] Les puedo asegurar que siempre les amé y que sus alegrías son siempre las mías, y sus sufrimientos son los míos”.

Pero, no podía quedarme allí mucho tiempo. Tenía que ir a buscar mis hermanos italianos que estaban dispersos en una gran parte del territorio de los EE.UU. Casi todas las principales ciudades de Estados Unidos tenían colonias italianas.

En total, he recorrido por más de 15.000 km. Fui recibido por Theodore Roosevelt, presidente de los EE.UU., y le presenté las principales reivindicaciones de los inmigrantes italianos que allí se habían establecido. Fueron tres meses viviendo con mis hermanos italianos y realización de numerosas actividades de pastoral.

El 14 de noviembre regresé a Italia, a donde llegué 14 días más tarde, para retomar mis actividades habituales y la reanudación de las visitas pastorales.

Este viaje me mostró la importancia de la acción de los misioneros junto a los inmigrantes. Estos sufrieron mucha discriminación y enfrentaban muchas dificultades causadas por la diferencia de lengua, de cultura y de las costumbres religiosas. He recibido muchos elogios sobre mis religiosos de parte de los inmigrantes y de las autoridades religiosas.

Fue una alegría ver, de hecho, confirmadas mis ideas sobre la Pastoral de los Migrantes. Nuestros hermanos necesitan ayuda y apoyo en las nuevas tierras, para no sentirse desarraigados y no perder sus referencias culturales y religiosas que formaban parte de su historia, incluso las raíces humanas, familiares y sociales.

De vuelta en Piacenza, empecé a pensar en un viaje a Brasil, hacia donde más de un millón de italianos se habían ido en busca de una nueva vida.

2. También fui a Brasil

Finalmente, en 1904, me fui a Brasil atendiendo al deseo de los misioneros allí radicados. Yo quería ver a mis misioneros, misioneras y mis conciudadanos que habían emigrado hacia aquella tierra. Quería animarles en su nueva vida y fortalecerlos en la fe. Me fui al puerto de Nápoles, el 13 de junio, el día dedicado a San Antonio; estuve acompañado por varios asesores, y fortalecido por la bendición del Papa Pío X. Un grupo de 500 emigrantes viajó conmigo: la mitad eran italianos y la otra mitad formada en su mayoría por maronitas libaneses y musulmanes.

Mientras navegábamos, hice un recuento detallado de nuestro viaje, el registro de los acontecimientos importantes de cada día. Aproveché estos días en el mar, días de espera, para el desarrollo de la catequesis, celebrar la misa y preparar a la gente, fortaleciéndolo para los días por venir en la nueva tierra aún desconocida de todos. Así que preparé un grupo para recibir los sacramentos de la Eucaristía y la Confirmación antes de desembarcar.

Durante el viaje, he tratado de mejorar el portugués, hablando a diario con el señor Alberto Graice, coronel brasileño que viajaba conmigo y estaba encantado con mi interés por su idioma.

La bendición del Papa Pío X, que me acompañaba cada día, me dio una sensación de seguridad y serenidad que no había sentido en el viaje anterior a Estados Unidos.

Este viaje fue más incómodo, porque el mar estaba agitado con frecuencia, hasta el punto que a menudo nos impedía de dormir por la noche. Muchos se enfermaron debido a la agitación del mar y hasta hubo peleas violentas. Pero, por la gracia de Dios, todo esto ha sido superado, y yo siempre pasé con buena salud.

Llegamos a Río de Janeiro el 6 de julio. Hermosa ciudad. Fui recibido por el arzobispo de Río y con él traté las cuestiones de interés para los inmigrantes.

El 9 llegué a San Pablo. El Obispo José de Camargo Barros, mis misioneros, funcionarios, y muchos inmigrantes me dieron la bienvenida.

Me alojé en el Instituto Cristóbal Colón, fundado por el Padre José Marchetti en 1895 para albergar a niños y niñas pobres y abandonados. Mis compromisos eran intensos. Durante los meses que pasé en el estado de San Pablo, he visitado varias granjas, donde los inmigrantes italianos vivían, celebré la Eucaristía con ellos, prediqué e orienté retiros, hice confirmaciones...

El 5 de agosto de 1904, inauguré la sección femenina del Instituto Cristóbal Colón en la Villa Prudente - que pronto sería dirigido por las Hermanas Misioneras de San



Scalabrini en viaje a la América

Carlos Borromeo. El grupo pionero de las hermanas que llegó a Brasil se entregó a la misión a los pequeños huérfanos y niños abandonados que el Padre José Marchetti solía traer al Instituto Cristóbal Colón, cada vez más numerosos.

También viajé a Río de Janeiro, Niterói y el Espíritu Santo. Y de aquí, siempre de barco, me fui a Paraná, en las ciudades de Curitiba y Paranaguá. Estaba hospedado en Santa Felicidad de donde todos los días salía a visitar las colonias italianas vecinas y distantes. Después de 15 días de permanencia en Santa Felicidad, embarqué en el puerto de Paranaguá, pasando por Florianópolis, hasta el puerto de Río Grande.

El 10 de septiembre estaba en Porto Alegre. A partir de ahí me fui a Encantado, lugar donde se había creado la primera parroquia Carlista en Río Grande del Sur. Fui recibido con entusiasmo. He ministrado diversas confirmaciones, visité otras colonias de inmigrantes en los alrededores: Nueva Bassano, Garibaldi, Veranópolis, Bento Gonçalves y Caxias do Sul.

Volví a Porto Alegre y luego me fui a Buenos Aires. Hacía 36 años que no veía a mi hermano Pedro. Yo estuve con él y su familia tan sólo tres días debido a las fechas de salida de los buques. Aunque breve, me dio una gran alegría volver a verlo. En la capital de Argentina, busqué conocer la colonia italiana y ver la posibilidad de fundar allí una casa de la Sociedad de San Rafael.

En todos estos lugares, pude ver cómo el trabajo de los misioneros era importante para los inmigrantes. En todas partes se podía ver una gran diversidad de la organización de nuestros hermanos, y en muchos lugares el progreso social y económico a demostrar la capacidad de los inmigrantes.

Registré con detalles todo el viaje, y de todo lo que vi he recibido un gran aliento, pues el bien que nuestros misioneros y hermanas estaban sembrando entre los inmigrantes italianos confirmaba la intuición de muchos años de mi vida y el trabajo de nuestro ministerio. También en Brasil vi con mis ojos confirmada la excelencia de nuestra misión.



*Registro de la INAUGURACIÓN DEL ORFANATO Vila Prudente – SP,
por Juan Bautista Scalabrini - 5 de agosto de 1904.*



Juan Bautista Scalabrini, primera fila, en el centro.



1916 -1917 Los huérfanos de la sección femenina de Vila Prudente/ Sao Paulo. (Las menores)

Presencia de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo - Scalabrinianas en el Orfanato

3. El viaje de regreso

Volví a Piacenza en Italia y en diciembre del mismo año, después de seis meses de ausencia, visitando los emigrantes en el extranjero.

A la vuelta, empecé a programar la sexta visita pastoral a la diócesis. También comencé a organizar el segundo Congreso Nacional de Catequesis. Del mismo modo, envié un memorial a la Santa Sede, solicitando el establecimiento de un Comité Central a favor de los inmigrantes católicos de todo el mundo.

Sin embargo, me sentía muy cansado y débil. Mis compañeros de trabajo y amigos insistieron en que suspendiera la visita pastoral programada. De hecho, me sentía siempre más enfermo. Los constantes viajes realizados por la diócesis a caballo y los dos viajes para América, han agravado la inflamación (enfermedad prostática) que me acompañó durante muchos años.

4. ¡Estoy dispuesto, Señor, vamos!

En mayo de 1905, los médicos decidieron someterme a una cirugía, pero, después de esa, yo estaba cada vez peor y el dolor seguía aumentando. Decía a mis amigos: “¡Me siento tan cansado que me parece a morir!”

El 27 de mayo me confesé y pasé la noche en adoración de la Eucaristía. Luego, el 31, he recibido los últimos sacramentos. Entonces me despedí de mis amigos, de mis sacerdotes. He recibido la bendición especial del Papa Pío X y me acogí al abrigo del amor de mi Señor: “¡Señor, estoy listo, vamos!”

Así, el 1 de junio, fiesta de la Ascensión del Señor, poco antes de las 6 de la mañana, me quedé dormido en el Señor.

En aquella mañana, las campanas de la ciudad anunciaron al pueblo de la ciudad la subida de Jesús al cielo y también el encuentro definitivo de su obispo con el Padre Celestial.



El pueblo de la diócesis acorrió en masa a los funerales de Scalabrini que, a menudo, en los treinta años de su episcopado, él había visitado a su pueblo y ahora esto también quería verlo, aunque por la última vez. Él era un pastor que se hizo amado por su bondad y por su dedicación incansable. El obispo fue enterrado en el cementerio de Piacenza.

En 1909, su cuerpo fue trasladado desde el cementerio hasta la catedral de la ciudad de Piacenza. Su tumba es visitada constantemente por los fieles. Su trabajo con los migrantes se ha consolidado y ampliado, su figura de obispo innovador para su época dejó lecciones de amor, bondad y caridad. Él dijo: **“Por encima de todo, la caridad”**.



Juan Bautista Scalabrini, muere como un santo.

IV SU LEGADO

La voz de Juan Bautista Scalabrini se ha silenciado. Ahora hablamos nosotros, sus amigos devotos, los que abrazaron su causa, ya que esta se ha expandido más allá de las fronteras de Italia, ganó el mundo y hoy está presente en los lugares donde el drama humano de la gente en movilidad se vuelve más dramático.

La migración, hoy, asume las dimensiones planetarias que Scalabrini había profetizado. Él entendía el fenómeno de la migración como un *“bien de la humanidad, abriendo nuevas vías para el comercio, para la difusión de los descubrimientos científicos e industriales”*, promoviendo la colaboración y participación de las personas en la construcción de un nuevo mundo y como un medio de difusión de la fe en Dios y en Jesucristo.

1. Su labor pastoral fue innovadora

Como Obispo, Scalabrini introdujo las prácticas que él creía fuesen las mejores y que eran novedad en su tiempo. Estar entre su pueblo, él mismo participar de la catequesis, visitar cada casa y todas las aldeas, hacer el sermón en la misa del domingo, eran cosas poco conocidas en su tiempo, practicadas tan solo por algunos obispos, aunque determinadas por la Iglesia.

Scalabrini fue un hombre que marcó la época. Molestó a los acomodados, interfirió en la realidad, dio respuestas a las preguntas de su tiempo y arrastró tras de sí los valientes.

2. El patrono

Las actividades pastorales de Scalabrini se basaron también en el ejemplo del Patrono que él había elegido para sí mismo y para sus misioneros - San Carlos Borromeo, que fue uno de los primeros obispos a seguir las normas del Concilio de Trento y el obispo Scalabrini le admiraba por ello.

Pero, sin duda, la fuente primera de inspiración para modelo a seguir, Scalabrini la ha buscado en Jesucristo, que caminó entre la gente, habló del Reino y visitó sus casas, Jesús que formó un grupo especial de seguidores - los apóstoles - para difundir su doctrina.

3. Migrantes

Scalabrini fue pionero en el cuidado de los migrantes. Dejó a sus seguidores una misión de continuar a amarlos, acogerlos y protegerlos. Su trabajo se ha consolidado y ampliado. Con sus orígenes en Italia para servir en los Estados Unidos y Brasil, las congregaciones religiosas fundadas por Scalabrini hoy está presentes en 41 naciones y en diferentes contextos de la movilidad humana.

En sus viajes a los Estados Unidos y Brasil, Scalabrini vio el florecimiento de las colonias fundadas por inmigrantes italianos. En Brasil, los visitó en Río de Janeiro, San Paulo, Paraná y Rio Grande do Sul. La mayoría de los italianos se establecieron en San Paulo y Rio Grande do Sul.

4. El inicio en Brasil

Es interesante destacar el inicio en San Paulo, en aquellos años de finales del siglo XIX - 1894 y más allá.

A mediados de 1894, el joven sacerdote José Marchetti, ordenado en 1892, pidió al Obispo Scalabrini para participar como “misionero en el extranjero” en el trabajo de “capellán de los emigrantes que partían de Génova”.

Padre Marchetti hizo un viaje en 1894 y otro en enero de 1895, cuando finalmente se entregó a la causa de los migrantes y se instaló en San Paulo. Un



Orfanato Cristóbal Colón

mes después de su llegada, el 15 de febrero, se inició la construcción del Instituto Cristóbal Colón, destinado a albergar a los huérfanos y niños abandonados.

Scalabrini cuenta lo siguiente:

“La forma en que comenzó el orfanato de San Paulo fue casi milagrosa. De hecho, un padre jesuita se comprometió a obtener ayuda de un hombre caritativo, el Dr. Vicente de Azevedo. El mismo día, deseoso de actuar, el Padre José Marchetti se subió a un tren para visitar un sitio que habían indicado a él, pero encontró que no había suficiente dinero para el pasaje. Avergonzado, le pidió ayuda a un pasajero, diciéndole el motivo del viaje. Este caballero se ofreció a mostrarle otro terreno, mejor, en la colina de Ipiranga. Al ver el lugar, el Padre Marchetti quedó muy entusiasmado. Su compañero le dijo entonces: “¿Quieres? Es tuyo”. Y le dio la tierra. El hombre se presentó: era el Dr. Vicente de Azevedo, el mismo que había hablado el sacerdote jesuita.

Al día siguiente se ha efectuado la donación. Además de la tierra, también los materiales de construcción fueron donados. La obra se inició en enero de 1895 y fue avanzando rápidamente. En inicio de octubre del mismo año, el Padre José Marchetti se fue a Italia en busca de hermanas para cuidar de los niños. Aún en octubre volvió con cuatro hermanas, incluyendo a su madre y a su hermana Asunta. El Instituto Cristóbal Colón empezó acogiendo 80 huérfanos que el Padre José ha rescatado de situaciones precarias hasta diciembre de 1896, cuando murió de tifus, que había contraído en el interior de las granjas”.

El Instituto fue el primero de las numerosas obras de los Misioneros de Scalabrini.

La mano de Dios bendice a los que dan su vida por el bien de los demás. Esto explica cómo el Pe. José Marchetti ha conseguido los recursos para llevar a cabo la obra del Orfanato Cristóbal Colón. En 1904, nueve años después, los 250 huérfanos acogidos en el orfanato dieron las bienvenidas al obispo Scalabrini. Desde su creación hasta el momento presente se ha ubicado, educado y enviado a una profesión, un gran número de niños y jóvenes.



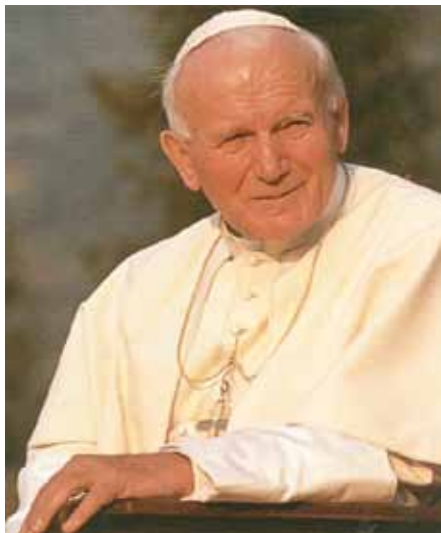
BEATIFICACIÓN

El 9 de noviembre de 1997, el Papa Juan Pablo II beatificó al Siervo de Dios Mons. Juan Bautista Scalabrini. La celebración se realizó en la Plaza San Pedro, con presencia de una gran cantidad de peregrinos. Ese día el Papa en su homilía destacó la figura y la misión del nuevo beato, diciendo:

“Scalabrini profundamente enamorado de Dios y extraordinariamente devoto de la Eucaristía, supo traducir la contemplación de Dios y su ministerio en una gran acción apostólica y misionera, haciéndose todo para todos para anunciar el Evangelio. Esta su pasión ardiente por el Reino de Dios hizo de él

un apóstol celoso en la catequesis, en las actividades pastorales y obras de caridad, especialmente para los más necesitados. Por su amor a los pobres y en particular hacia los migrantes, se convirtió en el apóstol de muchas personas que se vieron obligadas a abandonar su patria, a menudo en condiciones muy difíciles y al peligro de perder la fe; de estas personas Scalabrini se convirtió en el padre y guía firme en la fe.

Podemos decir que el Beato Juan Bautista Scalabrini vivió profundamente el misterio pascual, no a través del martirio, sino sirviendo a Cristo pobre y crucificado en los más necesitados y sufridores que él eligió, con un corazón auténtico y solidario de Pastor, como su rebaño”.



Papa Juan Pablo II

El Papa Juan Pablo II dijo también:

El Beato Juan Bautista Scalabrini es un verdadero Padre de los migrantes debido a que:

- sensibilizó a las comunidades para una acogida abierta, respetuosa y solidaria;
- luchó vigorosamente por instrumentos legislativos e institucionales que garanticen la protección humana y jurídica de los migrantes contra todas las formas de explotación;

- era portador de un corazón noble, auténtico y comprensivo, especialmente con los inmigrantes. Por lo tanto, en la estación de Milán, miró con ternura y compasión, aquellos rostros quemados por el sol, arrugados y abatidos por la vida ingrata que llevaban;

- se ha preocupado por los migrantes en todas las dimensiones y los guió con seguridad, teniendo cuidado, sobre todo, para que no perdiesen la fe en el Dios de Jesucristo;

- toda su vida - la energía, ojos, manos, pies, corazón, inteligencia - estaba dedicada a los migrantes que, revestidos de dignidad, prefirieron emigrar a robar o morirse de hambre.

El Papa Benedicto XV en una sola frase lo describió como “obispo cuyo



Presencia Scalabriniana en la beatificación de Juan Bautista Scalabrini, en Roma. Día de celebración y de fiesta.

amor no fue suficiente una diócesis”. Amor tan grande que no podía limitarse a permanecer dentro de los límites de la diócesis. El corazón de Scalabrini abarcaba todo el mundo. Para él, el obispo debe “ponerse de rodillas, por así decirlo, ante el mundo e implorar como una gracia que le fuese permitido hacer el bien.”

Hoy en día, Juan Bautista Scalabrini sigue “vivo” a través del trabajo de los sacerdotes, religiosos y laicos misioneros scalabrinianos en el mundo.



ESPIRITUALIDAD SCALABRINIANA

Consiste en vivir y testimoniar el rostro de Cristo Peregrino.

En Mateo 25,35 encontramos fundamentos de la Espiritualidad Carlista - Scalabriniana. Jesús mismo enseña la manera más humana y digna de atención a los migrantes, cuando dice: “[...] Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recibieron en su casa”. Estas palabras son un constante desafío para acoger todo el que llega y animar el que se va.

La espiritualidad scalabriniana es la del camino, con el desafío de ir de la mano con Jesús Peregrino, en consciente contemplación de sus actitudes y gestos de acogida. Él abraza a los niños, perdona al pecador; se va en busca de la oveja que está perdida y enseña que tenemos que hacer lo que él hizo. Sin un lugar donde reclinar su cabeza, Jesús Peregrino se pone en marcha para evangelizar y hacer el bien, curar, contagiando a la gente con su manera suave, humilde y leal. Parece que no se cansa de caminar en el polvo de las calles, cruzando valles, ríos, mares y montañas arriba y abajo. Siempre está en movimiento. Él es un Dios itinerante que se apiada con el sufrimiento de quienes van olvidados en la encrucijada del mundo.

Caminando con los discípulos de Emaús se acerca a ellos y muestra la felicidad completa en la fracción del pan. Jesús es el modelo de migrante, y habla con autoridad: *cada vez que acogemos a un extraño en nuestra casa a Jesús mismo lo estaremos haciendo*. Cuando no acogemos, ignoramos y rechazamos a Jesús mismo que se hace presente en el migrante.

El rostro de Cristo Peregrino es cautivante. Habla de la esperanza. Enseña que no se puede caminar pegados a lo que es provisorio. Esto demuestra que nuestros pies necesitan estar en constante movimiento, acogiendo al Dios itinerante que está estampado en cada rostro humano.

Jesucristo migrante, razón y fundamento de la espiritualidad scalabriniana, aún pequeño hizo la experiencia de migrante. Recién nacido, es exiliado a Egipto, obligado a emigrar con sus padres, porque Herodes quiere matarlo. Parten para proteger la vida de Jesús.

Toda su existencia es un itinerario en vista de la liberación y rescate de la dignidad humana.

Con Él caminan sus discípulos, viviendo una experiencia de migración. También nosotros, siguiendo las huellas de Jesús, tenemos que hacernos migrantes promoviendo la vida y dignidad de todos.

Presencia de la Congregación
de las Hermanas Misioneras
de San Carlos Borromeo

Scalabrinianas,

MSCS
EN EL MUNDO



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
I MI HISTORIA	7
1 . Nacimiento	7
2 . Mi familia.....	7
3 . Yo era Niño	8
4 . Mis amigos	8
5 . Mis estudios	9
6 . Sacerdote: los hermanos me estaba esperando	9
6.1 Párroco: mi pueblo también me esperaba	10
7 . Obispo	11
7.1 La Diócesis.....	12
7.2 Visitas pastorales.....	12
7.3 La catequesis.....	14
7.4 A servicio de la Palabra.....	14
7.5 Siervo de todos.....	15
7.6 El hombre de la reconciliación.....	16
II EL APÓSTOL DE LOS MIGRANTES	17
1 . Cómo empezó todo	17
2 . La Estación de Milán	17
3 . Fui a hablar con la sociedad	18
4 . La magnitud del fenómeno.....	19
5 . Trabajé con la Iglesia	21
6 . Los Misioneros de San Carlos	21
7 . La Sociedad de San Rafael	22
8 . Las Misioneras de San Carlos.....	23
9 . La protección y la bendición	24
III SE HA PROPAGADO EL TRABAJO	24
1 . Viajé a los Estados Unidos.....	24
2 . También fui a Brasil.....	26
3 . El viaje de regreso	29
4 . ¡Estoy dispuesto, Señor, vamos!	30
IV LEGADO	31
1 . Su labor pastoral fue innovador.....	31
2 . El patrono.....	31
3 . Migrantes	31
4 . El inicio en Brasil	32
Beatificación.....	33
Espiritualidad Scalabriniana	35
Presencia de la Congregación en el mundo	36
REFERENCIAS.....	38

REFERENCIAS

CALIARO, M.; FRANCESCONI, M. **L'Apostolo degli emigranti, Giovanni Battista Scalabrini**. Milano: Editrice Ancora, 1968.

FRANCESCONI, Mario. **Giovanni Battista Scalabrini**. Roma: Città Nuova, 1985.

_____. **João Batista Scalabrini: pai dos emigrantes**. Caxias do Sul: São Miguel, 1971.

PONTIFICIO Consiglio della Pastorale per immigranti e gli Itineranti. **Il padre dei migranti**. Vaticano, 1997.

RIZZARDO, D. Redovino. **João Batista Scalabrini, Apóstolo dos Migrantes**. São Paulo - Loyola, 1988.

_____. **João Batista Scalabrini: Apóstolo dos Migrantes**. Porto Alegre: Solidus, 2007.

SCALABRINI, João Batista. **Por Pátria o Mundo**. Publicação da Família Scalabriniana no Brasil por ocasião da Beatificação de João Batista Scalabrini. Porto Alegre, 1998.

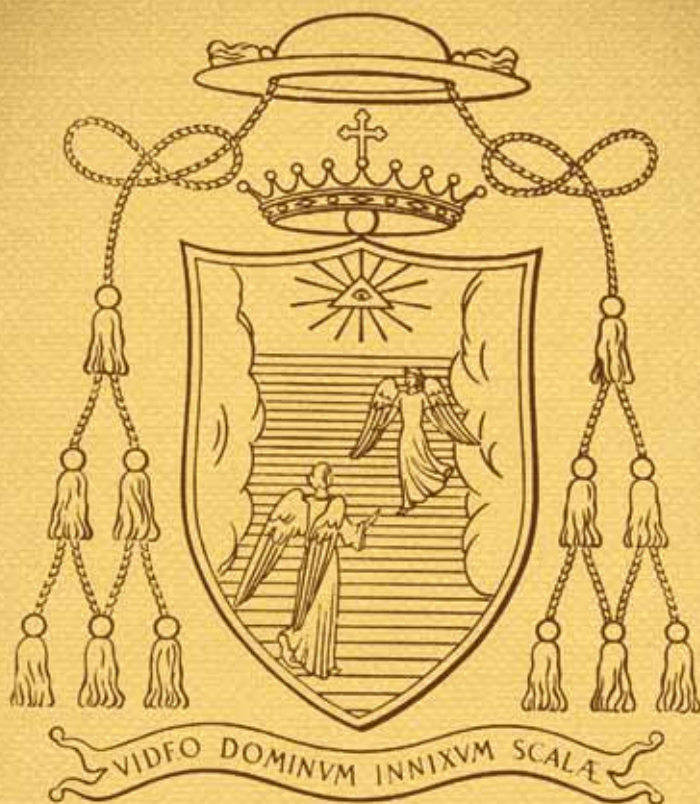
João Batista Scalabrini.

Disponível em: <<http://cultura.redescalabriniana.org>>

Acesso em: 15 nov. 2010.

Fototeca do Centro de Estudos Migratórios Cristo Rei - CEMCREI - Porto Alegre/RS/ Brasil.





EL ESCUDO EPISCOPAL DEL BIENAVENTURADO SCALABRINI
ES LA "ESCALERA DE JACOB", CON UN ÁNGEL QUE SUBE
Y OTRO QUE BAJA, Y CON UNA LEYENDA:

VEO EL SEÑOR EN LO ALTO DE LA ESCALERA.

Y Scalabrini lo interpreta así: hay necesidad de contemplación
(= ángel ascendente) para una acción verdaderamente rica
de gracia de Dios para ser distribuida a los hombres (= ángel descendente)